

## CAPITULO VI.

Criados.—Trato.—Tertulias.



La mayor dificultad con que lucha una familia que trata de establecerse en el Ohio es la de encontrar criados, ó como se dice en los Estados-Unidos, tomar asistencia, porque es casi un delito de lesa república el llamar criado á un ciudadano libre. Toda la clase de mozas, cuya subsistencia depende del trabajo, estan criadas con la idea de que la mas abatida pobreza es preferible al servicio doméstico. Se ve trabajar á millares de mugeres andrajosísimas en los ingenios de papel ó en otras fábricas por la mitad del salario que obtendrian en una casa particular; pero creen que el servicio doméstico compromete su igualdad, y solo se someten á él por la codicia de echarse encima alguna gala. Con todo tanto hizo una de mis amigas para buscarme criada, que una mañana me ví entrar en mi casa á una muchachona alta y robusta que se presentó di-

ciendo : — « Yo vengo á asistiros. » Causóme placer la noticia; la recibí con todo el agasajo posible y le pregunté : cuánto ganaba al año.

— Oh *Gimini!* exclamó la damisela con una fuerte carcajada, vaya que bien se ve que sois pura inglesa por cierto. ¡ Quisiera yo ver la señorita que contrata al año en América! Por mi parte confio en tener marido dentro de pocos meses, ó *espero* quedarme una solterona pasada, que ya voi en los *decisiete*; *demás* que *pue-ser* tenga que *dir* al escuela. Me dareis *justo* á la semana un peso y medio, y la esclava de madre, *Filis*, *espero* que vendrá una vez á la semana del otro lado del agua para *asistirme* á la limpia.

Sometime á las condiciones del contrato con una docilidad respetuosa; y viéndola prepararse á trabajar con un traje amarillo sembrado de rosas de color de fuego, le dije con dulzura : que me parecia una lástima el manchar un vestido tan bonito y que mas valia que se lo mudara.

— Este es mi mejor y mi peor vestido, respondió ella, porque no tengo otro.

En efecto luego supe que mi señorita se habia salido de casa de sus padres con lo que llevaba encima. Al instante le dí dinero para que se comprara lo que le hacia falta, y me puse

con mis hijas á coserle un zàgalejo. Cuando nuestra tarea estuvo acabada, la aprobó sonriéndose, pero nunca le oimos una palabra de reconocimiento ni por esto ni por cosa alguna de las que hicieramos por ella. Siempre nos estaba pidiendo prestados casi todos nuestros artículos de vestir, y cuando se los negabamos: «Vaya, decia, no he veido en mi vida gente tan agarrada. Señoritas ha de mi conocencia que va á pasar temporadas con las viejas del pueblo, y tanto ellas como sus chicas les presta todo lo que les pide. Veo que vosotras las Inglesas os figura que podrian envenenar vuestra ropa como si acá se fuera negras.» — Aquí es menester asegurar á los lectores, que yo no invento cosa alguna en estas conversaciones. Todas las que se leerán en mi libro estan escritas el mismo dia en que pasaron con toda la fidelidad verbal que mi memoria las podia conservar.

«Mi señorita se despidió al cabo de dos meses, porque no tuve á bien prestarle todo el dinero que queria, para comprarse un vestido de seda con que pensaba ir á un baile. — «Pues entonces, me dijo, no vale mi tiempo el quedarme en esta casa.»

«Me es imposible creer que un estado de cosas semejante sea agradable ni que deba mirarse como ventajoso ni á una ni á otra de las dos clases

interesadas. Podria escribir cien páginas sobre este punto y aun asi no daria mas que una idea incompleta de la susceptibilidad altanera y achacosa de esas infelices. Tan excesiva es en muchas de ellas que la compasion vencia en mí todo resentimiento y hasta la risa. Tuve entre otras á una jóven mui linda: la naturaleza debia haberla adornado de bellisimas disposiciones; pero á fuerza de oir repetir mil veces que valia tanto como cualquiera otra señora, que todos los hombres eran iguales, que de la misma manera lo eran todas las mugeres, y que era pecado y deshonra para una Americana libre el ser tratada como una sirvienta, todos sus buenos sentimientos se habian torcido, y la suavidad de su natural se habia convertido en una susceptibilidad que la menor cosa irritaba.

«Cuando supo que debia comer en la cocina, dijo frunciendo su bonita boca: «Veo que no me teneis por bastante buena para comer en vuestra mesa, pero pronto conoceréis que eso no vale aquí.» No tardé en advertir que apenas probaba bocado, y que se pasaba llorando el tiempo de la comida. Aunque hice cuanto pude para reconciliarla con su condicion y tenerla contenta, estoi persuadida de que me aborrecia; pero como le daba un salario crecido, me duró hasta que juntó para

comprarse varios artículos de lujo. Cuando tuvo todos sus atavíos, vino una mañana vestida de gran gala, y me dijo: «Necesito salir.» — ¿Cuándo volvereis, Carlota? le pregunté. — «Yo espero, me replicó ella, que no me volvereis á ver.» — Asi nos despedimos. Su hermana estaba tambien conmigo; pero aun no habia podido completar su equipage, y permaneció en mi casa algunas semanas, hasta que lo tuvo completo.

Temo que hablar tanto de mis criados no parezca de pésimo gusto; mas no puedo dejar de referir otra anécdota, porque sus circunstancias acaban la pintura de esa clase del Norte de América. Pocos dias despues de la despedida de mi ambiciosa ninfa, mis clamores por *asistencia* fueron oídos y se me presentó otra señorita con la introduccion de estilo: «Vengo á asistirlos.» Me habian advertido que nunca debia pedir informes, pues no solo perderia la asistenta sobre quien los pidiera, sino que ninguna otra volveria á entrar por mis puertas; asi que cinco minutos despues de su presentacion quedó instalada con paquete y todo como miembro de la familia. La pobre nada tenia de bonita, pero el aire de llaneza y simplicidad de sus modales le ganó nuestra voluntad. Por mi parte creí haber encontrado otra Juanita Deans, por las historias que me contaba de

su mocedad, historias en que su buen instinto y luz natural la habian sacado á salvo de las garras de una legion de madrastras crueles, de amantes pérfidos y de hermanos bribones. Entre otras cosas me dijo con sus ribetes de emocion, que desde que estaba en la ciudad habia hallado remedio para todas sus aflicciones. «Gracias y alabanzas por todo á la religion,» exclamó, y en seguida me preguntó si yo le permitiria ir á la congregacion todos los martes y los jueves por la noche, añadiendo: «Yo no os haré falta, Mistress Trollope; nuestro ministro sabe que todos tenemos nuestros deberes hácia al hombre como hácia á Dios, y junta la congregacion tarde para que no puedan cruzarse unos con otros.» ¿Quién se lo hubiera negado? no yo. Nanci obtuvo su licencia para ir á la congregacion dos noches de la semana, ademas del domingo.

Una noche que los mosquitos habian hallado modo de entrar por la abertura de las cortinas de mi cama, y se divertian en no dejarme cerrar los ojos con su música y acompañamiento de picaduras, oí que entraban en la casa mui á deshora. Me levanté, fui á la escalera, y con la claridad de una hermosa luna reconocí la mejor papalina de Nanci. Llaméla y le dije: — «Venís mui tarde; ¿qué os ha detenido?» — «Oh! Mistress Trollope, verdad es que

vengo tarde. Esta noche hemos tenido diez y siete almas mas en nuestro rebaño. Dios les dé vida para bendecir esta noche; pero la sesion ha sido larga y acalorada; yo no tomaré mas que un trago de agua, y me voi á la cama; no me echaréis menos mañana, eso no impedirá que me levante temprano.» En efecto asi fué. Nanci era mui buena criada, y hacia mas de lo que se hubiera podido esperar de ella; ademas siempre tenia tiempo para leer la Biblia muchas veces al dia, y observé que nunca hacia cosa alguna sin ponérsela junto á ella.

A lo último cayó mala del cólera y se agravó tanto que no daba esperanzas de vida. Yo la cuidé con el mayor esmero y pasé dos noches á su cabecera. El delirio se apoderaba de ella con frecuencia, y todas sus ideas se remontaban al cielo. « Yo he sido una pecadora, decia, pero Jesus mi señor me salvará. » Por fin se recobró, y habiéndome pedido que la dejara ir al campo á mudar de aires, me suplicó que le prestara tres pesos.

Durante su ausencia vino á verme una señora, y me preguntó con bastante agitacion, si mi criada Nanci Fletcher estaba en casa. Respondíle que habia ido al campo.— « ¡ Dios sea loado! exclamó ella; no la dejéis entrar nunca por vuestras puertas, que es la muger mas abandonada de la ciudad. Un caballero

conocido vuestro ha oido que vivia con vuestra familia y que se jacta de poder entrar en la casa á cualquiera hora de la noche. » Enteróme de otras muchas circunstancias que no es necesario repetir, pero que contribuian á probar el peligro de vivir con semejante vecindad.

La esperaba al otro dia por la tarde, y me parece que pasé todo aquel intervalo en meditar como me desharia de ella sin entrar en explicaciones. Llegó el momento, y no pudiendo trazar con todo mi estudio pretexto mejor que la razon verdadera que tenia para despedirla, se la presenté de buenas á primeras. No se vió la mas ligera alteracion á su semblante; solo me replicó con mucho modo: — « Yo quisiera saber quién os lo ha dicho. » Díjele que de nada le serviria y que se marchara inmediatamente. — « Yo estoi pronta, me contestó, pero ¿ y vuestros tres pesos? » — « Me quedaré sin ellos, Nanci: id con Dios. » — « Es menester que arregle mis cosas. » Y con estas palabras salió del cuarto. Como media hora despues, estando para comer toda la familia, entró con su aire acostumbrado de urbanidad, se despidió tranquilamente de todos y nos dejó con el mayor agasajo del mundo y sonriéndose amigablemente.

Asustóme tanto la última aventura que á

pesar del fastidio de guisar nosotras mismas nuestra comida, no quise recibir en mi casa mas señoritas de estas sin tomar antes informes de su historia pasada. Al cabo encontré con una Francesa, excelente muger, y poco despues se me presentó una jovencita inglesa que recibí para que le ayudase. La una y la otra me sirvieron por mi buena suerte hasta poco tiempo antes de mi partida : aquí pues acaba felizmente la parte de tales infortunios en mi relacion.

Con tantas dificultades para todo arreglo doméstico, es claro que las señoras que se educan en medio de ellas no deben tener mucho tiempo para cultivar y desarrollar sus talentos : en efecto, eso está fuera de la cuestion ; y por lo mismo mas sorprende el que varias de ellas sean mui agradables en su trato que el que ninguna de ellas posea una instruccion profunda.

Si yo hubiera pasado en cualquiera otra poblacion tantas noches de tertulia como en Los-Cincinnati, podria ahora dar una muestra de la conversacion del pais; pero al leer mis apuntes y poniendo en contribucion mi memoria para llevar sus vacíos apenas descubro un recuerdo que merezca tal nombre. Los extractos de diálogos y dichos que he recogido en mi viaje ocuparán sus respectivos lugares. Baste decir

que cualesquiera fuesen los talentos é ingenio de las personas que forman las tertulias del Norte de América, la misma traza, forma y disposicion de las reuniones bastaria á paralizar la conversacion. Las mugeres se arrebuja todas juntas en un rincon de la sala ; los hombres en otro. Debe al mismo tiempo advertirse, para hacer justicia á Los-Cincinnati, que esta costumbre no se observa solo en aquella ciudad ó en la parte occidental de los Aleghanies. A veces las tentativas de un concierto producen reuniones particulares : allí unos cuantos jóvenes de los mas arriscados, contando con sus cabellos rizados y sus chalecos tiesos y rozagantes, se sientan al piano con desenfado y preludian algunas de las cosas bonitas que estan aprendiendo y que sirven para calcular lo que cada uno lleva gastado en el maestro de música. Cuando la casa es de las respetables del pueblo, hai en ella dos salones : en el uno dejan solas á las señoritas mas jóvenes con los caballeros mas mozos y el piano, oyéndose salir de aquella parte carcajadas frecuentes y rumor de alegría : mientras el otro salon, á que la etiqueta americana condena á las personas graves, ofrece un cuadro tristísimo. Los padres conscriptos gargajean, hablan de las elecciones y de los precios del mercado, y vuelven á gargajear ; las matronas se miran

los trages hasta que se cuentan el último alfiler, hablan del último sermón del cura Fulano, de las nuevas píldoras del doctor Cetano contra la dispepsia; hasta que anuncian el té, que entonces se consuelan de cuanto han podido sufrir fuera de la cama á tales horas, atestándose el estómago de mas té, café, tortillas calientes y costradas, fruta de sarten, buñuelos, beatillas, bufadas y otras masas, albérchigos en compota, pepinillos en curtido, jamon, pavo, cecina de vaca, almíbar de manzana, y ostras en escabeche, que se prepara jamas en ningun otro pais del mundo conocido. Acabada esta sólida colacion, todo el mundo se vuelve á la sala, donde, á lo que yo he observado, permanecen cuanto pueden, hasta que se levantan *en masa* para echarse de golpe sobre capas, sombreros y chales. Y luego *vanse*.




---



---

## CAPITULO VII.

Mercado. — Museo. — Galería de pinturas. — Academia de bellas artes. — Escuela de dibujo. — Sociedad freneológica. — Lectura de miss Wright.



Quizas lo mas bello de Los-Cincinnati es el mercado, que por su excelencia, abundancia y baratura no cede en mi opinion á otro alguno del mundo, si se exceptua en el artículo de frutas, las cuales son mui inferiores á las que he visto en Europa. No hai por la ciudad carnicerías, pescaderías ni mas tiendas de comestibles que panaderías ó, como allí las llaman, hornos: todo se ha de comprar en el mercado, y para eso la muger de gobierno ha de ir temprano; sino, á pesar de provision tan abundante, se expone á quedarse sin tener que almorzar, comer y cenar el dia que se descuide en ir á la plaza antes de las ocho de la mañana.

La carne de buei es excelente y su precio